

Corazón de guerrero

Gonzalo
Cajaraville

El camino de los miedos



Novela fantástica_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Corazón de guerrero

El camino de los miedos

Gonzalo
Cajaraville



Novela fantástica_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Índice

Prólogo	11
Manifiesto. La Guardia Real	13
Capítulo I. El aprendiz	17
Capítulo II. La valentía	49
Capítulo III. La destreza	81
Capítulo IV. La lealtad	117
Capítulo V. El exilio	147
Capítulo VI. La metamorfosis	177
Capítulo VII. El vínculo	211
Capítulo VIII. El guerrero	245
Capítulo IX. El renacer	277

A Sofía, mi persona favorita.

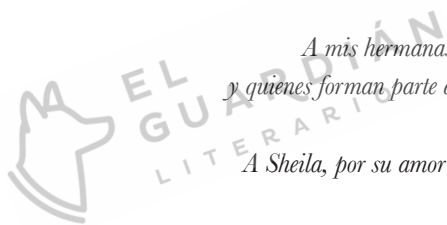
A Paula, mi gran amor y compañera de vida.

A mi madre, quien me enseñó el camino.

*A mis hermanas, mis sobrinos
y quienes forman parte de mi universo.*

A Sheila, por su amor incondicional.

A quienes colaboraron en esta obra.



Prólogo

Mucho tiempo atrás...

11

Corazón de guerrero

El escudero Nils atravesó la entrada del búnker con desesperación. Corrió como una gacela hasta la posición de Askel, quien estaba recostado sobre un tablón de madera, improvisando una cama. El capitán aún se estaba quitando la modorra de encima, había pasado toda la noche en vela ideando la estrategia de la defensa. Tenía una gran responsabilidad a sus espaldas: no era fácil presidir la Resistencia del Sur y la esperanza de todo un pueblo.

El joven se dirigió a su superior de manera impulsiva olvidando todo protocolo.

—¡No están los caballos! —exclamó, espantado—. ¡No están por ningún lado! —repitió, fuera de sí. Estaba desencajado. Askel lo tomó por los hombros y lo zamarreó para que recuperara un poco la compostura.

—¡Tranquilízate! ¿Qué pasó con los caballos? —preguntó, preocupado el capitán.

—Salí a primera hora para hacer las rondas, como siempre, pero ya no estaban —dijo, e hizo una pausa con la mirada extraña, ocultando algo más.

El capitán lo miró fijamente y con un gesto le indicó que prosiguiera.

—La noche se robó el día —expresó. Y, con esas inexplicables palabras, se quebró como un chiquillo. Askel comprendió que algo grave estaba sucediendo, les hizo una seña a dos de sus mejores hombres y se dirigieron hacia el exterior del búnker. Una vez fuera se encontraron con un ambiente descomunal, inaudito.

Los árboles se sacudían por el viento en distintas direcciones, el torbellino cambiaba de sentido irregularmente. El follaje crujió y se desprendía de las copas como una lluvia de hojas secas, las cuales habían rebotado de vitalidad hasta el día anterior. El clima estaba enrarecido, y, tal como lo había anunciado Nils, no había rastro de los caballos. El palenque sobre el que los habían amarrado, lucía como un cementerio de cuerdas y riendas deshilachadas y maltrechas.

Pero el peor escenario estaba en los cielos. La oscuridad se había perpetuado más allá del alba, y el sol apenas irradiaba su luz, oculto y deslucido, tras una enorme luna carmesí, que parecía bañada en sangre. La aurora se extendía en el horizonte con tonos rojizos y púrpuras, tan escalofriante como amenazadora.

El capitán y sus colaboradores permanecieron unos minutos paralizados y en silencio, atrapados por la extraña anomalía. Finalmente, escaparon del estupor, cuando oyeron un gemido bestial y espeluznante, que sonaba como un grito del mismo infierno.

El más viejo de los soldados rompió el mutismo con voz ahogada.

—Los dioses están furiosos y nos harán pagar por nuestros pecados —dijo, afligido—. Hoy el juicio ha comenzado.

Manifiesto

La Guardia Real



Preámbulo

Por mandato del Trono del Sur y la bendición de los Dioses, se proclama el presente manifiesto como instrumento sagrado del deber, el honor y el propósito de la Guardia Real. Que este escrito sea reconocido en todo el territorio de Tibur como los principios para el Guerrero Real.

Origen y legado

La Guardia Real nació bajo las sombras del Día del Juicio. Su legado es continuar la tarea honorable de la Resistencia del Sur, haciendo frente al ataque del Norte, librando su embate en el Lago de los Dioses. Pero la tarea asume otro gran desafío: custodiar la frontera con el Bosque Encantado donde un enemigo, poderoso y desconocido, forja una amenaza latente.

La Guardia Real reúne a los guerreros más honorables y valientes del Sur, quienes están dispuestos a entregar su vida por la libertad de su pueblo.

Fuego interno

El Guerrero Real debe ser fuerte como el acero. El valor de su corazón se mide en la entereza emocional. Su firmeza y resistencia permiten superar las adversidades y alcanzar la victoria.

Mandamientos sagrados

El Guerrero Real deberá cumplir seis mandamientos sagrados:

- ◇ Honrar el respeto, la igualdad y la camaradería.
- ◇ Luchar hasta la muerte por el rey y el pueblo del Sur contra todo enemigo.
- ◇ Custodiar las fronteras del territorio del Sur.
- ◇ Obedecer al superior sin cuestionar su justicia.
- ◇ Priorizar el bien común sobre el individual.
- ◇ Asumir el deber de por vida.

Atributos esenciales

El Guerrero Real deberá forjarse en tres atributos esenciales:

- ◇ *Valentía*, para no temer al enemigo ni a la adversidad del deber.
- ◇ *Destreza*, para pelear con precisión e inteligencia en el campo de batalla.
- ◇ *Lealtad*, para defender el bien del Reino por encima de cualquier otro interés.

Lema

“Pelea con corazón de guerrero y los dioses te acompañarán en la batalla”.

Capítulo I

El aprendiz



Agatha desafiaba al viento como una flecha veloz. Sus crines flameaban y se enredaban con el aire húmedo del lago. El golpe de las pezuñas en la tierra mojada entonaba ese compás único del galope de un caballo, un sonido inspirador y sublime, tanto como la libertad misma.

Eros tomaba las riendas de la yegua con firmeza. Mientras su cuerpo daba brincos sobre la montura, le desbordaba la satisfacción de cabalgar aquel animal.

El sol del mediodía ya se había posado, lo que anunciaba que el entrenamiento con los grandes maestros estaría a punto de comenzar. Sin embargo, apenas minutos atrás, habían partido del faro del Sur. El tiempo apremiaba.

A pesar de la demora, Eros decidió hacer una pausa antes de abandonar el Camino del Lago. Agatha se arrimó a la orilla y bebió agua fresca con intensidad. La yegua pertenecía a una de las razas más valoradas por la realeza por su gran musculatura y pelaje blanco con crin y cola plateadas. Era un espécimen único y bello.

El joven se acercó a ella y le acarició el lomo dándole algunas palmadas. La miraba con devoción, pero con un dejo de melancolía. El día de la gran ceremonia se acercaba y la despedida era inminente.

Durante ese instante, varias imágenes se le vinieron a la mente. Recordó la primera vez que la había montado: era apenas un aprendiz de espadachín con varios kilos menos de masa muscular. En aquel entonces, Agatha había sido relegada de las primeras filas, la yegua tenía diez años y se recuperaba de una grave lesión en una de sus patas. Ya no sería tenida en cuenta para las próximas campañas, y, como otros caballos, fue designada como auxiliar de entrenamiento de reclutas, sólo apta para las prácticas en los campos de aprendizaje.

No era su primer contacto con el animal, pues su padre, un criador de caballos, había vendido a Agatha a un caballero de la nobleza. Eros era apenas un niño, pero como contribuía en las tareas del establo, participó en los cuidados de la potra en sus primeros años de vida. Por lo que al reencontrarse con el animal sintió una unión inmediata. Desde entonces, se encargó de su protección y la yegua lo retribuyó con un alto rendimiento en los entrenamientos.

Dejando de lado aquellas memorias, tomó a su yegua y recuperó la marcha rumbo al castillo. Durante un kilómetro y medio avanzaron sin interrupciones hasta llegar al final del Camino del Lago, donde se abría una bifurcación. Hacia el sur comenzaba la Ruta Real, la senda con destino al castillo del rey Gregor. Hacia el oeste, el Camino de los Miedos. Ese pasaje hacía tiempo que ya no era transitado ni por el caballero más valiente. Alguna vez, esa vía había conducido hacia las Tierras Altas, pero la ira de los dioses había desatado la peor maldición sobre ese lugar.

Avanzaron por la Ruta Real durante varios minutos, contemplando el paisaje por enésima vez. El camino se encontraba perfectamente llano, ideal para el tránsito de carruajes. A ambos lados resaltaba la belleza de un extenso muro formado por árboles emperatriz, el favorito del rey por sus copas elegantes. Durante la primavera, una hermosa flor brotaba de sus ramas cubriendo de un color morado intenso todo el follaje, el cual iba mutando a un color óxido con el devenir del otoño. Las copas

de los árboles se unían en lo alto de manera que no se distinguía donde terminaba una y comenzaba otra, creando una especie de túnel natural formado por la espesa vegetación.

Atravesaron esa bella ruta hasta llegar a las puertas del castillo. Dos torres colosales se desprendían verticalmente como guardianes de roca custodiando la entrada. Un puente de madera conectaba la orilla de la laguna que circundaba el fuerte con la puerta principal, la cual estaba construida con madera de roble y gruesas vigas de hierro. Sobre el frente, se distinguía un enorme escudo con un dragón enroscado sobre una gran espada, el símbolo que representaba al Reinado del Sur.

Cruzaron el puente y, mientras atravesaban la entrada, Eros hizo una reverencia a los guardias que estaban apostados a cada lado del ingreso. Uno de ellos, el caballero Jensen, un viejo amigo de su padre, le hizo un gesto para que se diera prisa. La jornada de entrenamiento ya había comenzado y Eros estaba llegando tarde.

A trote firme, dirigió a la yegua rumbo a la armería, donde desmontó de un salto. El viejo Bjorn tenía todo listo: una añeja armadura de mil batallas, una lanza un poco oxidada y las protecciones para el caballo. Con la mirada, interceptó los ojos de Eros y, con un gesto de fastidio, le entregó el equipo de entrenamiento con cara de pocos amigos, mientras gruñía algunas palabras.

—¡Jóvenes! ¿Quién los entiende? Llegas tarde otra vez —le remarcó bufando por lo bajo.

—Ya lo sé, no volverá a pasar —afirmó el joven al momento que tomaba las armaduras y le guiñaba un ojo.

—Estás a punto de convertirte en un guerrero, no lo estropees —le advirtió mientras se daba la vuelta y continuaba ordenando otros objetos.

Eros volvió a montar a su yegua y se dirigió a ella por lo bajo.

—Somos un equipo —susurró y le dio algunas palmadas en el lomo, solía repetir esa frase cada vez que asumían un compromiso juntos. Luego enfiló con prisas hacia el campo de entrenamiento.

Eros tiró de las riendas y mantuvo firme y al frente la lanza. Agatha comenzó a galopar en una explosión de energía, dejando una enorme polvareda a su paso. Con dientes apretados y concentración sólo se enfocó en el objetivo. “Soy un guerrero, soy un guerrero”, se repetía el joven.

Cuando el oponente ingresó en la zona de choque, realizó un giro brusco con el arma bloqueando su ataque, y luego impactó la punta de la lanza en la armadura. El movimiento fue preciso: el caballero salió despedido del caballo y rodó por el suelo.

Eros detuvo a la yegua, desmontó y corrió hacia donde había caído su adversario. Preocupado, lo ayudó a quitarse la máscara de hierro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Eros, extendiéndole la mano.

—Sí, no te preocupes —lo tranquilizó Aron, uno de los más jóvenes de los aprendices, mientras se levantaba aún dolorido por la sacudida.

—Perdón, creo que fui muy duro —se excusó Eros. Más allá de las disculpas, sabía que, si su oponente hubiera podido dar ese golpe, sin dudas lo hubiera hecho también. De todos modos, sintió algo de culpa por la caída, había sido muy estrepitosa. Aun así, la maniobra había sido tan limpia y eficaz que despertó la atención de Sigurd, el caballero que estaba a cargo del entrenamiento.

El maestro guerrero se acercó a Eros y lo miró fijamente a los ojos. Su expresión siempre había sido implacable, rara vez se escapaba un gesto de aquel rostro de piedra. Sin embargo, una sutil mueca de aprobación parecía abrir un vestigio de emoción.

—Buen golpe muchacho —dijo. El elogio inesperado le llenó el pecho de orgullo a Eros. Sigurd nunca regalaba halagos, sin dudas estaba impresionado con su rendimiento—. Se nota que trabajaste duro —continuó, mientras apoyaba su mano en uno de los hombros de Eros—. Recuerda que de nada servirá alcanzar un gran nivel si no puedes mantenerlo —le advirtió con severidad para luego continuar, un poco más relajado—. Fuiste el mejor de la unidad de aprendizaje y voy a recompensar tu esfuerzo —dijo e hizo una pausa para generar suspense, disfrutando del gesto de intriga que se dibujaba en el rostro del joven—. Esta tarde podrás ocupar el puesto de vigía de la Torre del Homenaje.

—¡Será un honor, señor! —respondió, asombrado. No esperaba tal recompensa. Aun sin ser oficialmente un guerrero, iba a tener la posibilidad de asumir una responsabilidad propia de la Guardia Real.

—Te lo ganaste —concluyó con simpleza.

Sigurd convocó al resto del grupo. Los jóvenes se fueron acercando de a uno a paso lento. Se mostraban algo extenuados, el entrenamiento había sido muy intenso. Faltaban días para el reto final y los ejercicios eran cada vez más exigentes.

Se reunieron en un círculo, donde Sigurd se situó en el centro y tomó la palabra.

—¡Jóvenes aspirantes, futuros guerreros! —comenzó el discurso mirándolos a la cara. Su mirada penetrante parecía cautivar los ojos de aquellos jóvenes—. Están a punto de tener la oportunidad de sus vidas. Pertenecer a la Guardia Real es el mayor honor que un hombre puede alcanzar —afirmó alzando la voz—. De ustedes depende convertirse en verdaderos guerreros

o deambular por este pueblo como uno más del montón, lamentándose toda su vida por no haber cumplido sus sueños —concluyó categóricamente.

Tomó una medalla que colgaba del pecho de su armadura, donde lucía numerosas condecoraciones que representaban todo tipo de conquistas personales, entre batallas ganadas y grandes ascensos. Sigurd había sido un importante guerrero, uno de los más renombrados por la milicia. Retirado de aquella actividad, se dedicaba a formar futuros soldados transmitiéndoles su experiencia e inculcándoles el orgullo de defender las tierras del Sur.

Pero aquella medalla que sostenía en su mano no era una insignia más, era el distintivo que había ganado al convertirse en Guerrero Real, cuando era un aprendiz y mantenía las mismas ilusiones que los jóvenes que tenía frente a él.

—Esta medalla es la más importante de todas, si no fuera por esta conquista, ninguna de las demás hubiera sido posible —anunció mientras recorría el círculo exhibiendo el galardón a escasos centímetros de las narices de sus discípulos.

—Ahora deben alcanzarla ustedes, no tienen permitido fallar. Redoblen sus esfuerzos, agudicen sus sentidos y, por sobre todas las cosas, procuren estar a la altura de las circunstancias —concluyó con determinación.

Hizo una pausa y retomó, más tranquilo, pero con firmeza.

—Este fue nuestro último entrenamiento. En el futuro los quiero ver en el campo de batalla, defendiendo este escudo con el alma. ¡Hasta pronto, aspirantes!

—¡Hasta pronto, señor! —exclamaron todos al mismo tiempo.

Sigurd dio por finalizada la jornada, y los reclutas se retiraron del campo de aprendizaje, dirigiéndose de manera relajada a la armería. Por detrás del grupo, avanzaba Aron a paso lento, dolorido y tomándose una de las rodillas. Eros aminoró su marcha para que el joven alcanzara su posición.

—Tuviste una mala caída, ¿cómo está tu pierna? —preguntó, preocupado por su compañero. Aron acumulaba malos rendimientos en las prácticas, y ahora la lesión sumaba un inconveniente más a sus aspiraciones.

—Fue un golpe muy fuerte, creo que me rompí la rodilla. No sé si estaré listo para las pruebas finales —respondió haciendo gestos de dolor.

—Aún faltan algunos días, seguro podrás recuperarte. No te desanimes —alentó a su colega.

—Eso espero, si no mi padre me matará —respondió débilmente, mirando hacia el suelo.

—Lo que importa es tu vocación, tus ganas de convertirte en un Guerrero Real, no lo que tu padre desee.

—Él pertenece a la nobleza, pero fue un guerrero frustrado. Ahora su sueño es que yo ingrese a la Guardia Real, ¡no puedo fallarle! —exclamó con culpa.

—Lamento que tengas que cargar con eso —le dijo Eros con sinceridad—. Deberías hacerlo por ti, tu padre debería apoyarte, apruebes o no —dijo, y puso el brazo de su amigo sobre sus hombros para ayudarlo a caminar.

—No es tan simple. De todos modos, gracias, amigo —concluyó, apenado.

Al llegar a la armería, los esperaba el gruñón de Bjorn parado frente a la puerta. Estaba de brazos cruzados, y, como siempre, un poco enfadado.

—Tarde para llegar, tarde para irse —resopló, molesto.

Tomó las armas y las monturas que le entregaron los reclutas y las guardó de manera desprolija. Antes de que se retiraran los jóvenes, se dirigió a Eros.

—Si tu padre estuviera aquí estaría muy orgulloso de ti, muchacho —soltó, mirándolo con intensidad a los ojos unos

segundos. Después de todo, detrás de su malhumor, parecía esconder algo de sensibilidad.

—Gracias —respondió el joven, sorprendido. No esperaba el gesto.

—Convertirse en Guerrero Real es un verdadero reto. Yo no pude lograrlo, nunca fui bueno con la espada, pero me conformo colaborando en la armería —expresó, con nostalgia.

—También es importante lo que tú haces, sin tu ayuda no podríamos entrenar —lanzó Aron, sumándose a la conversación. Bjorn lo miró con suspicacia.

—Eso no es cierto, mi trabajo lo puede hacer cualquier granjero. Pero lo que harán ustedes, sí es importante. En este reino no se valora la función de la Guardia Real como debería ser —dijo, gruñendo otro poco, y continuó—: Ustedes deberían oír las historias de las antiguas batallas, nuestro pueblo sufrió mucho. Hoy nos faltan recursos y la crisis es dura, pero, al menos, la Guardia Real tiene controlado los ataques enemigos —explicó, sus palabras estaban cargadas de emoción. Eros y Aron tan sólo se observaron en silencio mientras el viejo retomaba nuevamente, murmurando para sí mismo—. Algún día será todo como antes y volveremos a las Tierras Altas.

—Eso lo escuché muchas veces. No conocemos a nadie del Reinado del Oeste, no sabemos nada de ellos ¿por qué es tan importante? —preguntó Aron. Sin embargo, su atrevimiento fastidió al viejo.

—¿Cómo te atreves a hacer ese comentario? Pronto serás un guerrero, ¿qué tienes en la cabeza? —exclamó, provocando que el joven se quedara callado. Se extendió un silencio incómodo, hasta que Bjorn se tranquilizó un poco—. Ellos son nuestra familia, es parte de nuestra historia, algún día volveremos a ser un sólo reino. Pero mientras exista ese maldito hechizo, lo veo muy difícil.

—¿Te refieres al hechizo del Bosque Encantado? —preguntó Eros.

—¡Exacto! Un territorio dividido por una maldición.

—Existen muchas historias al respecto, ¿cómo sucedió eso realmente? —indagó, interesado.

—Hace cientos de años, la lucha entre el Sur y el Norte era interminable. La crisis se extendió hasta que despertó la ira de los dioses. El colapso ocurrió en una de las batallas más salvajes. Como tantas otras, desatada en el bosque que nace a los pies del Lago de los Dioses. Ese lugar era el límite entre ambos reinos y, por tanto, el escenario principal de la mayoría de los enfrentamientos.

”Fue entonces cuando los dioses, cansados de tanta sangre derramada, impartieron justicia y lanzaron un maleficio sobre el bosque para dividir el territorio. El encantamiento no sólo dejó la zona plagada de dragones, sino que también la maldijo para que todo hombre que ingresara al bosque se enfrentara a sus propios miedos. Sólo quien pudiera superarlos tendría la posibilidad de escapar del ataque de las bestias al acecho. Pero quien se viera paralizado ante sus miserias, sin dudas, sería presa fácil y devorado por las criaturas. Ese episodio fue recordado como el Día del Juicio —concluyó el viejo con voz imponente. Luego, sin más, se sentó en una silla y simplemente abandonó la charla.

Los jóvenes, aún confundidos por el abrupto final del relato, entendieron que había terminado la conversación, y se marcharon sin hacer comentarios.

Caminaron varios metros alejándose del campo de entrenamiento hasta un punto donde debían continuar en sentidos opuestos. Eros vivía en la granja que había heredado de su padre que se encontraba a las afueras del castillo, en la aldea de criadores de caballos. Mientras que Aron residía en el propio castillo junto a su familia. Su padre, un importante miembro de la nobleza, tenía varios privilegios y les proporcionaba una vida bastante acomodada.

Eros atinó a despedirse de su amigo, pero Aron se anticipó con un comentario inesperado.

—Te vi con la princesa en el Lago de los Dioses —lanzó, punzante, y Eros se quedó pasmado.

Tardó unos segundos en reaccionar y, cuando lo hizo, preguntó, nervioso.

—¿Tú y quién más sabe de esto?

—Tranquilo, sólo yo los vi, y no lo hablé con nadie más. ¿Cómo lo lograste?

—¿Lograr qué?

—Vamos, despertar interés en la princesa.

—Sólo somos buenos amigos, no hay nada más —respondió Eros, incómodo—. Nadie se tiene que enterar de esto, ¿puedo confiar en ti?

—Seguro, seré una tumba. Pero aún no me contaste cómo la conociste. Tú no perteneces a la nobleza. Yo la he visto en muchas reuniones y jamás pude hacer más que darle un saludo formal.

—La conocí hace mucho tiempo, es una larga historia —respondió vagamente, sintiéndose acorralado.

—Ella es hermosa, te envidio, amigo. Por favor, cuéntame esa historia —insistió, aguardando con expectativa.

Sabiendo que no tenía escapatoria y que su amigo no cesaría de preguntarle hasta que le diera una explicación, miró hacia todos lados para asegurarse de que no viniera nadie y, con voz baja, comenzó a contarle la historia.

—Éramos niños de clases diferentes, pero el destino nos cruzó por casualidad. Ella amaba los caballos desde pequeña, y solía acompañar a su tío Niels a recorrer establos en busca de los mejores especímenes para la caballería real. Yo pasaba la mayor parte del tiempo en los corrales junto a mi padre. Él se había convertido en el principal proveedor de caballos de la realeza.

”Fue así como en los establos, jugando y riendo, surgió una amistad entre nosotros. Elena estaba recluida a vivir entre nobles,

casi no tenía trato con pequeños de su edad, conmigo pudo vivir algo diferente, y disfrutar parte de su infancia.

—Pero ya no son niños, y se siguen viendo a escondidas —señaló Aron, disfrutando de la conversación.

—Con el correr del tiempo —continuó Eros, ignorando la interrupción de su amigo—, crecimos y terminamos en caminos diferentes. Yo soñaba con ser un guerrero y estoy entregando mi vida a los entrenamientos. Elena, por su parte, se dedica a cultivar sus aptitudes como princesa. Hace tiempo que el rey desea ver a su hija casada con un buen príncipe, y fortalecer vínculos con otras familias reales. Algo a lo que ella viene resistiéndose, esperando a que llegue el hombre adecuado.

—¿Ese hombre eres tú? —preguntó Aron, con una sonrisa burlona.

—Ya te dije que sólo somos buenos amigos. Además, está mal visto que una princesa tenga contacto con un plebeyo.

”Sin embargo, siempre mantuvimos el cariño que sentíamos cuando éramos niños. Por eso nos encontramos a escondidas en lugares seguros, y el Lago de los Dioses era el sitio perfecto, alejado y discreto. Al menos, lo era hasta ahora —terminó con un gesto risueño, relajándose un poco.

—Es muy peligroso lo que hacen —le recordó Aron, con semblante serio—, si llegaran a verte con ella, no sé qué sucedería.

—Ya lo sé, pero disfruto mucho su compañía. Nos gusta compartir el atardecer y charlar sobre nuestros mundos, tan diferentes. Aunque cada reunión es una verdadera odisea para los dos. Elena debe tomar caminos alternativos, poco transitados, para mantener resguardada su identidad, lo que implica un riesgo permanente. Y yo me juego el pellejo, creo que terminaría bajo tierra si nos descubren —concluyó, hizo una pausa y retomó mirando al frente, con la vista perdida—. De todos modos, vale la pena correr el riesgo, es mi mejor amiga.

Eros se encontraba apostado en una almena del ala norte de la Torre del Homenaje. Aquella estructura formidable sobresalía por su prominente altura. Estaba construida en forma rectangular con las esquinas redondeadas, y se ubicaba en el centro del castillo.

Desde esa posición privilegiada la vista era majestuosa. Era el ocaso de una tarde otoñal y el sol comenzaba a descender lentamente. La ausencia de nubes permitía observar claramente los picos nevados de la cordillera del este, y, más a lo lejos, las aguas calmas del Lago de los Dioses y la espesa vegetación del Bosque Encantado, delimitando los confines del Reinado del Sur.

Más allá del bello paisaje, los puntos de vigía eran vitales para la defensa del imperio y, desde el torreón, se tenía una visión estratégica del frente del castillo.

Se desempeñaba como centinela por primera vez en su vida y estaba entusiasmado por cumplir con su labor. En los pisos inferiores de la torre se hallaban los aposentos del rey y la cúpula de la nobleza, el gran salón y los almacenes más importantes. Jamás había estado tan cerca de la realeza, a excepción de la princesa, claro. Sentía orgullo de haber llegado tan lejos, y lamentaba que su padre no pudiera estar vivo para presenciarlo.

Mientras reflexionaba en silencio, mantenía la vista al frente, atento, custodiando el territorio y supervisando cualquier movimiento que pudiera resultar sospechoso.

De pronto una voz, cálida e inesperada, se oyó a sus espaldas, sobresaltándolo.

—¿Cómo estás, guerrero? —murmuró una mujer. Eros se volteó y observó a la joven. Se trataba de la princesa Elena, la única hija del rey Gregor.

—¡Hola! No te esperaba aquí. Creo que no es buena idea que nos vean hablando juntos —dijo algo nervioso. Miraba a ambos lados para asegurarse de que nadie los estuviera observando.

—Tranquilo, salvo los centinelas, nadie sube aquí arriba —respondió con seguridad. Hizo una pequeña pausa, pensativa, y añadió—: Bueno, casi nadie, yo lo hago a veces también. Me gusta la vista de esta torre, me encanta mirar al horizonte y pensar, me ayuda a ordenar las ideas —concluyó con una sonrisa.

—No sabía que tenías esa costumbre, nunca me lo habías contado.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, una princesa está llena de enigmas —respondió con una sonrisa socarrona—. En cambio, tú —hizo una pausa y reanudó más incisiva—, lo tienes todo muy definido. Estás a punto de unirme a la Guardia Real, ¿y después?

—¿Después qué? ¿Cuál es el punto? —preguntó confundido.

—Después de que te envíen a la batalla, ¿qué pasará? Miles de soldados mueren en las campañas. ¿Por qué tú? Tengo miedo de perderte, eres el único amigo verdadero que tengo —concluyó con la voz entrecortada.

—No debes preocuparte, seré un buen guerrero y sabré cuidarme. Sé que es peligroso, pero este es mi destino —dijo con solemnidad, luego retrucó con ironía—. Tú también tienes todo

definido, algún día te casarás con un príncipe y eventualmente serás una gran reina, ¿y después?

Elena se quedó callada unos segundos. Las palabras de Eros la ponían incómoda y no quería hablar al respecto.

—Ven, te mostraré algo —le dijo, cambiando de tema, y le hizo un gesto para que la siguiera. Él dudó un instante, era su primer día como centinela y no quería abandonar su puesto. Tras unos segundos de debate interno, decidió acompañar a la princesa de todos modos.

Ambos recorrieron el pasillo del ala norte, hasta llegar a una de las esquinas. Allí, la torre tenía un diseño semicircular y disponía de una garita con forma de bóveda, donde cabían al menos dos personas. La princesa le indicó que se ubicara frente a la ventana, para luego arrimarse a su lado. Aquel punto de vista era completamente diferente al anterior. Se podía contemplar la cordillera este en toda su extensión, de sur a norte, hasta esfumarse en el horizonte. El paisaje era asombroso, Eros nunca había tenido la posibilidad de observar las montañas desde esa posición, la altura de la torre ofrecía una perspectiva singular.

Elena se acercó un poco más, y murmuró por lo bajo.

—Esta es mi vista favorita, ves el pico más alto —pronunció suavemente mientras señalaba hacia las altas cumbres—. A veces imagino que puedo montar un dragón y llegar hasta esa montaña. Un dragón blanco, como el de los cuentos legendarios, y volar sobre la cordillera hasta posarme en aquella cima, la más alta, y desde ahí contemplar todo el territorio de Tibur. Sería grandioso, ¿qué piensas? —concluyó con la vista perdida entre los cerros.

—Sería increíble pero imposible. No podrías montar un dragón, te destrozaría en mil pedazos —retrucó él, riendo. Elena le dio un pequeño golpe en el hombro, y le sonrió irónicamente.

—Que poco sabes de dragones. El dragón blanco es el único que puede ser domado por el humano, y si lo hubiera, sólo existe

uno predestinado por persona. Si encuentras a tu dragón blanco, el vínculo es para toda la vida —argumentó, y volteó su mirada nuevamente hacia las montañas.

—¿Cómo sabes todo eso de los dragones?

—En mis ratos libres, cuando no me encuentro a escondidas contigo —comenzó, y le dedicó una mirada cómplice—, me gusta colarme en la biblioteca de los ancianos sabios.

—Pero está prohibido su ingreso —señaló, extrañado.

—No para todos —lanzó ella con suficiencia.

—Privilegios de princesa —le replicó con ironía.

—No es un privilegio, ni el rey está al tanto, lo conseguí por mérito propio —le dijo, sembrando intriga.

—¿Cómo lo lograste?

—Tal vez te lo cuente en otro momento —le dijo, de manera enigmática. Eros, intrigado, se quedó sin palabras—. Encontré libros de todo tipo, pero los que más me gustan son los que tratan sobre dragones. Existen muchos tipos de dragones, ¿lo sabías?

—No lo sabía, lo mío son los caballos —respondió, y rio suavemente. No le interesaban los dragones, pero adoraba oír a su amiga, admiraba la pasión con la que relataba sus historias—. Adelante, cuéntame lo que sabes.

—¡Bien! Primero, tenemos a los dragones verdes, que son criaturas con cuerpo de serpiente. Son muy ligeros, y estrangulan a sus víctimas antes de devorarlas. No querrás toparte con uno de ellos, pues seguro no tendrás escapatoria.

—También están los dragones negros, entre los más temibles, tiene dos o más cabezas. No son muy rápidos pero difíciles de enfrentar en el cuerpo a cuerpo. Son bestias enormes, a diferencia de los dragones grises, que son más pequeños, pero no menos peligrosos. Los dragones grises tienen la piel del color de las rocas y se esconden camuflados. Esperan agazapados a sus presas para atacar por sorpresa, son verdaderos depredadores —relató, apasionada, sin dar tregua en sus explicaciones.

”Los más destacados son los dragones rojos y los dragones blancos. Son las criaturas más fuertes, con grandes alas, y capaces de lanzar llamaradas de fuego. Los típicos dragones invocados en las historias antiguas. Ambos son igual de poderosos, pero mientras el dragón rojo representa la parte oscura de la naturaleza, el dragón blanco es la evolución y permite el equilibrio de las fuerzas. Las leyendas dicen que los grandes guerreros arribaron al Umbral de los Dioses montando un gran dragón blanco.

”Y, por último, los dragones azules, son solitarios, y habitan en los pantanos. No se sabe mucho de ellos, tal vez, sean sólo un mito.

Mientras Elena explicaba sus teorías de dragones, se oyó un sonido brusco, como el de una madera añeja al quebrantarse. Ambos se sobresaltaron, y corrieron hacia la posición del puesto que Eros había abandonado. Al llegar, dos aves de rapiña revoloteaban entre unos viejos tirantes disputándose los restos de un roedor que, por lo visto, habían cazado recientemente. Al final, se trataba de una falsa alarma, pero para Eros, que aún sentía su corazón acelerado, aquello fue como una advertencia.

La princesa notó los nervios del joven, e, instintivamente, lo abrazó para transmitirle tranquilidad. Eros respondió al instante rodeándola a su vez con sus brazos. Ambos quedaron cara a cara, sorprendidos, y casi sin entender la proximidad en la que se encontraban. La mirada fue profunda, y la atracción que sintieron fue tan fuerte como extraña para ellos, pero, inmediatamente, Elena se escabulló del abrazo y tomó algunos centímetros de distancia. Como si nada hubiera ocurrido, desvió la situación completamente.

—Qué suerte que se trataba de aves solamente, no quisiera que te sorprendieran fuera de tu puesto de vigía. Nos vemos luego —le dijo al fin, esquivando la mirada del joven. Luego dio media vuelta y enfiló hacia la salida.

—Creo que tienes razón, es mejor que... —murmuró, sin llegar a completar la frase. La princesa ya se había alejado, y sus

palabras quedaron flotando en el aire. En ese momento ingresó el caballero Jensen, saludó a la hija del rey con una reverencia y se quedó observando cómo Eros la perseguía con la mirada hasta que su figura desaparecía tras la puerta de salida.

—Terminó tu turno, soy tu reemplazo. ¿Cómo fue tu primer día? —preguntó, tratando de acaparar la atención de Eros, quien aún tenía los ojos clavados en la puerta por la que se había ido la princesa.

—¡Bien! No estuvo mal para ser el primer día —respondió volviendo en sí. Tomó sus cosas y se perfiló para retirarse.

—No busques lo imposible —le dijo Jensen, repentinamente.

—¿Perdón? —preguntó Eros, confundido.

—La princesa —dijo, señalando lo obvio—. No está a tu alcance. No te metas en problemas, lo tuyo es la Guardia Real, toma el consejo de un viejo guerrero —añadió, tratando de sonar convincente, y se dirigió hacia su puesto.

Eros tan sólo asintió con un gesto.

